



Question

Periodismo / Comunicación  
ISSN 1669-6581

Esta obra está bajo una  
Licencia Creative Commons  
Atribución-NoComercial-Compartir Igual  
4.0 Internacional



Besos por celular. Artefactos y consumos culturales en la gestión cotidiana de lazos sociales durante la pandemia por Covid-19

Paula Simonetti

Question/Cuestión, Nro.68, Vol.3, abril 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

IICom - FPyCS - UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e526>

***Besos por celular. Artefactos y consumos culturales en la gestión cotidiana de lazos sociales durante la pandemia por Covid-19***

**Kissing by cell phone. Artifacts and cultural consumption in the everyday management of social ties during the Covid-19 pandemic**

**Paula Simonetti**

Instituto de Altos Estudios Sociales

Universidad Nacional de San Martín

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas

Argentina

[psimonetti@unsam.edu.ar](mailto:psimonetti@unsam.edu.ar)

<https://orcid.org/0000-0001-8924-0358>

## Resumen

Durante el año 2020 millones de personas estuvieron confinadas en sus hogares a causa de la pandemia por la COVID-19 y las medidas gubernamentales que se implementaron en distintos países. La crisis sanitaria global tuvo efectos sociales, económicos, políticos y afectivos al tiempo que trastocó hasta las rutinas más básicas y automatizadas de las personas. En este artículo nos proponemos explorar, desde una mirada socioantropológica, los usos de artefactos tecnológicos y el rol de prácticas y consumos culturales en la vida cotidiana de hogares de sectores medios en Buenos Aires y en Montevideo; especialmente en la gestión y reinención del lazo social en un contexto de enorme incertidumbre que amenazó las certezas ontológicas de los individuos. Así, mostraremos que las personas se relacionaron con prácticas culturales de maneras novedosas a fin de gestionar la doble amenaza provocada por la saturación de los vínculos socioafectivos «adentro» del hogar y la ausencia de encuentros en copresencia con los «de afuera». El análisis se basa en materiales etnográficos producidos por un equipo de investigadoras, estudiantes de grado y posgrado.

## Abstract

During 2020, millions of people were force to confinement due to the lockdown measures implemented to manage the COVID-19 pandemic. The global health crisis had social, economic, political and emotional effects and disrupted even our most basic and automated routines. In this paper we explore, from a socioanthropological perspective, the uses of technological artifacts and the role of cultural consumption and practices in the daily life of middle class people in Buenos Aires and Montevideo, for the management and reinvention of social relations, in an uncertain context that threatened people's ontological certainties. Thus, we will show the forms taken by cultural practices in order to manage the double threat caused by the saturation of socio-affective ties "inside" the home, and the absence of encounters in co-presence with those "outside". The analysis is based on ethnographic materials produced by a team of researchers, graduate and undergraduate students.

**Palabras clave:** consumos culturales; pandemia; prácticas culturales; autoetnografía; cuarentena

**Key-Words:** Cultural consumption, pandemic, cultural practices, ethnography, lockdown

La voz y los gestos de un docente entran en el living de casa. Unos metros más allá, nuestra pareja, celular en mano, auriculares en las orejas, asiste a una reunión de trabajo. Nos distraemos un instante para chequear el número de muertos y casos positivos, nos reímos de un nuevo meme que una amiga pasó al grupo de WhatsApp, volvemos a prender la cámara del Zoom, mientras quedamos con una compañera para hacer una videollamada más tarde. Nos ponemos el barbijo y salimos a pasear al perro por sexta vez. Volvemos a sentarnos en la oficina que improvisamos en la habitación, empezamos a leer un texto para la facultad, las luces del televisor se cuelan por la puerta y entra de lleno la voz que anuncia otro día catastrófico y un mañana más incierto. Mejor será no volver a pelear por el volumen. Buscamos en YouTube sonidos de lluvia para dormir, pero el algoritmo nos sugiere un canal de videos que nos hacen reír y no podemos resistir compartir el último con ese amigo que vive solo, se quedó sin trabajo, y hoy está muy angustiado. Quizá convenga enviarle un audio, para que nos sienta más cerca. Tal vez sea un buen momento para entrar al vivo de Instagram que nos recomendó ese compañero. Percibimos que nos duele la cabeza, el cuello, la espalda. Tal vez sea momento de llamar a la amiga con quien hacemos la rutina de gimnasia, cada una en su casa pero con la llamada en altavoz por celular y el video que nos guía en la computadora. Extrañamos ese abrazo. Quizás sea mejor probar con el jueguito que usamos para pensar en nada

o revisar si hay novedades en el grupo de la familia, a ver si la abuela hoy está más animada. O, tal vez, todo eso junto.

Escenas cotidianas similares a la esbozada en las líneas anteriores formaron parte de la vida de muchas personas durante la cuarentena por la pandemia del COVID-19 en el año 2020. Si bien las medidas de aislamiento social que tomaron distintos países recluyeron físicamente a millones de individuos en sus hogares, buena parte de la población activó estrategias para mantener sus lazos a flote en un contexto de gran incertidumbre. A su vez, en el interior de los hogares se desplegaron múltiples acciones para lidiar con el solapamiento y la aparente indistinción de espacios y tiempos. En un proceso análogo a la «convergencia digital», nuestros hogares se transformaron en sitios de convergencia de un cúmulo de prácticas que antes desarrollábamos en sitios diferenciados.

El confinamiento suspendió tanto los momentos de *distancia* respecto a aquellos con quienes compartimos el hogar, como los momentos de *proximidad* física con el resto de nuestros *otros significativos*. En una crisis de esta magnitud, hasta las acciones y certezas más básicas que soportan nuestras rutinas se vieron erosionadas. Así, ansiedad, angustia, incertidumbre y confusión fueron el «pan de cada día». Recluidos en nuestros hogares, intentamos por diversos medios sobrellevar la crisis sanitaria, sus impactos múltiples (económicos, políticos, sociales, afectivos) y recrear y reinventar el lazo social amenazado. En ese marco, los artefactos tecnológicos (especialmente la computadora y el celular) y los consumos y prácticas culturales, jugaron un rol clave no ya en su dimensión instrumental (que también se transformó y expandió) sino en sus dimensiones existenciales, en tanto formas de obtener consuelo y certezas ontológicas en riesgo, recursos para regular la incertidumbre y «para sostener, acercar y reinventar la presencia de *los nuestros* y de *los otros*» (Winocur, 2010, p. 15).

Este trabajo propone, desde una perspectiva socioantropológica, analizar cuáles fueron los usos cotidianos de artefactos tecnológicos y cómo se reinventaron las prácticas y consumos culturales en la vida diaria de personas que se vieron obligadas a recrear y gestionar vínculos sociales y entornos afectivos en riesgo.

El artículo tiene la siguiente estructura. En la introducción nos referimos al enfoque teórico que orienta nuestra comprensión de prácticas y consumos culturales durante la pandemia. En un segundo momento explicamos aspectos metodológicos de una investigación mayor en que se basan estas reflexiones. En tercer lugar, abordamos el análisis propiamente dicho de los materiales de campo, centrándonos en el rol de artefactos, prácticas y consumos culturales para la gestión cotidiana de vínculos socioafectivos hacia «adentro» y hacia «afuera» de los hogares.

### **Introducción: Robinson Crusoe se queda en casa**

Durante la pandemia ocasionada por la COVID-19 aumentó tanto la necesidad de estar permanentemente informado como el consumo de información mediática, dos procesos que en cierta medida se retroalimentan. Aunque se acude a los medios de comunicación en buena medida por la necesidad de orientarse en un contexto de enorme confusión, el consumo continuo de informaciones relativas a la pandemia elevó los niveles de estrés y ansiedad y, más que paliarla, parece haber profundizado la incertidumbre (Scholten et al., 2020). De este modo, las noticias referidas al COVID-19 coparon la agenda mediática y se caracterizaron por promover sensaciones de riesgo o temor (Focas, 2020). Por su parte, si bien determinados consumos culturales (como el visionado de series y películas) aumentaron su frecuencia, la existencia —entre los sectores más favorecidos— de mayores cantidades de tiempo disponibles para estas actividades acarrió grandes dificultades para administrarlo y organizarlo (Cervio, 2020) propiciando tanto emociones positivas como negativas (frustración, culpa y ansiedad).

En términos generales, la aproximación de las ciencias sociales a los consumos culturales se inscribe en una tradición que a escala internacional, nacional o local permiten conocer *qué* y *cuánto* consumen los individuos en relación con una serie de variables sociodemográficas estandarizadas (género, edad, nivel de ingresos, nivel educativo, localización geográfica, ocupación, entre otras). Para el caso argentino, por ejemplo, el Sistema de Información Cultural de la Argentina (SinCa), produce periódicamente encuestas culturales a escala nacional.

Menos es lo que sabemos acerca de *cómo* se realizan prácticas y consumos culturales, necesariamente inscritas y situadas en la trama de vínculos y experiencias cotidianas de las personas. En momentos de crisis, como el que estamos atravesando a nivel mundial, las personas despliegan estrategias de supervivencia, adaptación y nuevas rutinas en su cotidianeidad, en donde prácticas, consumos y dispositivos culturales cobran relevancia central. Así es que, en una coyuntura que confina a poblaciones enteras, donde los lazos sociales en el ámbito de lo doméstico parecen saturar al tiempo que otros entornos afectivos están amenazados a causa del distanciamiento, la utilización de dispositivos tecnológicos y las prácticas que con ellos realizamos, cobran un sentido social y existencial que va más allá de sus usos instrumentales (que también se intensifican dado que se tornan imprescindibles en tareas como trabajar y estudiar).

Aquí partimos de la base de que las prácticas y los consumos culturales pueden comprenderse, más que como elecciones racionales de un individuo en base a disposiciones incorporadas, como actividades moldeadas socialmente, interconectadas y reflexivas. Los análisis cualitativos que toman como base, por ejemplo, la reconstrucción analítica de biografías y trayectorias de «practicantes culturales», muestran que perspectivas teóricas como la bourdiana, <sup>[1]</sup> que postulan la búsqueda de la distinción como lógica explicativa del consumo cultural, se muestran insuficientes para comprender una variedad de emergentes en el encuentro entre los sujetos y los objetos culturales. Sensaciones de goce y placer, creación o fortalecimiento de lazos socioafectivos como «deseables en sí mismos», cultivo de sí y trabajo sobre la sensibilidad o intelección, son aspectos clave en las relaciones que trabajamos con los objetos culturales. A su vez, las prácticas culturales pueden operar como *tecnologías del yo* —en el sentido foucaultiano— cuando las utilizamos en pos de regular emociones, estados de ánimo, pensamientos, o aspectos corporales, al tiempo que propician un trabajo reflexivo y de autoconocimiento (Moguillansky, 2020).

La aproximación cualitativa, sea a través de entrevistas abiertas, observaciones o registros etnográficos, a diferencia de los abordajes cuantitativos, permite captar: cómo los consumos y prácticas culturales se inscriben en tramas cotidianas y relacionales particulares; las prácticas no previstas a priori por los

analistas; apropiaciones reflexivas que las personas realizan y usos no preestablecidos de los objetos y dispositivos culturales. En este último sentido, basta recordar las palabras de Michel De Certeau:

Productores desconocidos, poetas de sus asuntos, inventores de senderos en las junglas de la racionalidad funcionalista, los consumidores producen algo que tiene la forma de «trayectorias» [ ... ] trazan «trayectorias indeterminadas», aparentemente insensatas porque no son coherentes respecto al espacio construido, escrito y prefabricado en que se desplazan[ ... ] Pese a tener como material los vocabularios de las lenguas recibidas (el de la televisión, el del periódico, el del supermercado o el de las disposiciones urbanísticas), pese a permanecer encuadrados por *sintaxis* prescritas (modos temporales de horarios, organizaciones paradigmáticas de lugares, etc.), estos atajos siguen siendo heterogéneos para los sistemas donde se infiltran y donde bosquejan las astucias de intereses y de deseos *diferentes* (De Certeau, 1996, p. 41).

Si las personas siempre tenemos márgenes de acción y realizamos apropiaciones alternativas a las que prevén «las sintaxis prescritas», cabe pensar que estos procesos se amplían y resignifican considerablemente cuando las sintaxis en que operábamos eclosionan.

La pregnancia de los dispositivos tecnológicos y la utilización de internet en los consumos y prácticas culturales es una tendencia documentada por estudios previos que no hizo más que agudizarse, debido al confinamiento y a la suspensión de prácticamente la totalidad de los espectáculos y actividades culturales presenciales. En paralelo, también es posible verificar un cierto repliegue hacia «lo analógico», a través de un incremento de actividades como cocinar, leer en papel, jugar juegos de mesa, realizar jardinería, entre otras. No obstante, como mostramos en un trabajo anterior. Esta tendencia rara vez excluye la utilización de dispositivos tecnológicos sino que más bien aparece mediada por ellos. Así, las personas consultan en Youtube recetas de cocina, realizan cursos de jardinería en plataformas *online*, buscan o transmiten recomendaciones a través de sus grupos de WhatsApp, adquieren libros con aplicaciones de compra, etc.

Como señalábamos, a la necesidad de informarse o de entretenerse, se le suman las dimensiones existenciales que moldean las prácticas culturales y la utilización de dispositivos tecnológicos durante la pandemia. De este modo, en



una coyuntura que trastoca desde los actos más rutinarios y automatizados como levantarse para ir a trabajar, llevar a los hijos o hijas a la escuela, ir al supermercado, hasta rituales sociales que pautan qué hacemos cuando alguien cercano enferma gravemente o muere, la demanda de adaptación tiene enormes costos físicos, afectivos y psíquicos.

Coincidimos con Rosalía Winocour en que la utilización de internet y los dispositivos tecnológicos nos permite “recrear y nombrar permanentemente los vínculos familiares, creando realidades paralelas donde se multiplican los escenarios que nos confirman una y otra vez que existimos y que los otros existen para aliviar el sinsentido que nos provoca la incertidumbre” (Winocour, 2010: 25).

Ahora bien, el aislamiento social trastoca el sentido en que usamos los artefactos tecnológicos en relación a nuestros vínculos socioafectivos. En el interior de los hogares, cuando las personas conviven con sus hijos, sus padres o sus parejas, los usos apuntan a regular las situaciones de distancia y proximidad física y simbólica. Mientras que en relación a los vínculos que están afuera del hogar, se orientan tanto a actividades que recreen algún tipo de copresencia como a la fabricación de experiencias que funcionen como *espacios transicionales* (como explicaremos a continuación). Por último, en relación al “sí mismo” operan en una dinámica de *tecnologías del yo*, sirven para reinventar rutinas, controlar y regular estados emocionales y corporales.

En su libro *Robinson Crusoe ya tiene celular*, Winocour (2010) sostiene que las personas recrean, en el celular, un espacio transicional que les permite elaborar el duelo y la ansiedad de la separación con sus familias, esencial frente a escenarios de globalización, migraciones, distancias, rupturas de sentido y quiebres biográficos que minan las certezas ontológicas que nos daban las instituciones y el pasado, como fuentes de sentido individuales y colectivos (2010: 161). Es así que retomando la propuesta psicoanalítica de Winnicott, la autora plantea por analogía que la necesidad del espacio transicional en el desarrollo infantil (materializada en objetos como un osito de peluche o determinada manta), puede extenderse a escala social para comprender que, en condiciones de privación o amenaza tanto reales como imaginadas, las familias, los amantes y los migrantes (casos con los que trabaja) recrean en sus artefactos tecnológicos esos objetos transicionales o zonas de experiencia intermedia, para



soportar la ansiedad y la angustia de la separación. En el contexto de pandemia, los individuos parecen necesitar recrear esas zonas intermedias no ya hacia las personas con quienes conviven, sino hacia los vínculos significativos que han quedado en un espacio que «está afuera» y amenaza diluirse.

### ***Querida cuarentena. Precisiones metodológicas***

Durante el año 2020, en un equipo de investigación integrado por becarios de posgrado, estudiantes de grado e investigadoras desarrollamos una serie de indagaciones acerca de los consumos y prácticas culturales durante la pandemia.

En ese marco, estudiantes universitarios de entre 19 y 40 años<sup>[2]</sup> pertenecientes a sectores medios, y residentes en Buenos Aires, generaron 12 diarios autoetnográficos<sup>[3]</sup> entre los meses de junio y agosto. Dos meses más tarde (en octubre 2020), la experiencia se replicó con un grupo de estudiantes universitarios de grado en Montevideo, en el mismo rango etario, que produjeron 10 diarios autoetnográficos. En total participaron escribiendo 21 estudiantes, 12 mujeres y 9 varones. Aunque los grupos compartían la condición de ser población universitaria mayormente de sectores medios, variaban en aspectos clave como las personas con quienes convivían (con sus padres, con sus hijos, solos, con otros compañeros).

Las experiencias de ambos grupos tuvieron lugar tanto en tiempos como en contextos distintos, mientras que en Argentina el material se produjo en el marco de una cuarentena obligatoria y estricta, en Uruguay las medidas de aislamiento y distanciamiento eran recomendaciones que apelaban a «la responsabilidad ciudadana». De todas formas, la mayor parte de los y las estudiantes uruguayos/as que participaron se habían plegado a estas recomendaciones, al tiempo que sus actividades laborales y estudiantiles se volcaron a formatos virtuales que realizaban desde sus hogares.

Los dos grupos, en sus respectivas semanas, realizaron un registro exhaustivo diario de sus rutinas, hábitos informativos, consumos culturales, que incluían las personas, espacios físicos y los estados de ánimo asociados. Además, el equipo de investigación realizó una encuesta a través de internet y sondeos por WhatsApp para incluir otros perfiles. De manera complementaria, la autora del

presente artículo llevó a cabo una *netnografía* <sup>[4]</sup> en redes sociales, con el objeto de analizar los memes que circularon masivamente durante el período de la cuarentena.

Las reflexiones que siguen están basadas en los materiales anteriormente descritos. <sup>[5]</sup>

### **Vínculos intergeneracionales mediados por dispositivos tecnológicos en el hogar**

Una escena cotidiana de la cuarentena es aquella donde los más jóvenes aparecen ayudando a los más grandes con sus «dificultades» con artefactos y aplicaciones tecnológicas.

Rodrigo (30 años) registra en su diario sus encuentros con adultos mayores del Programa Mayores Cuidados, que se implementó con voluntarios en la Ciudad de Buenos Aires. Si bien Rodrigo se anota para hacer compras, generalmente en el supermercado o la farmacia, sus vecinas le piden que ingrese a sus casas para asistirles con una serie de «dificultades digitales». Una vez allí, entablan conversaciones, por ejemplo, a partir de los historiales de búsqueda de música y videos que «saltan» cuando Rodrigo entra a sus celulares, computadoras, o Smart Tv. En el registro leemos que a cada consumo le sigue una explicación por parte de su vecina, casi una justificación que despliega frente a algo que parece pertenecer a un terreno íntimo y en cierta medida vergonzante.

Clara (31 años) se traslada a la casa de su madre, Graciela, para pasar juntas la cuarentena. Graciela es una mujer de 66 años, que vive sola en una ciudad del interior del Uruguay. En su diario, Clara escribe las rutinas de su madre y las conversaciones en torno a la angustia que siente por la presión para incorporar aplicaciones y tecnologías que parecen proliferar sin cesar.

Es notable que si bien para ambas la plataforma de videollamadas Zoom es una novedad en tanto herramienta obligada en las rutinas laborales, de estudio y las reuniones con amigas/os, el carácter novedoso se tramita de maneras por completo diferentes. Mientras Clara «simplemente» la descarga en su notebook

y comienza a usarla intuitivamente, Graciela elabora un discurso permanente de queja y fastidio dirigido tanto hacia «la sociedad» como hacia sí misma por lo costoso que le resulta usarla.

A la repentina desaparición de sus rutinas laborales y sociales, la angustia específica de estar etiquetada como «población de riesgo», a Graciela se le suma la presión por incorporar estas tecnologías si no quiere quedar excluida casi por completo de algunos de sus grupos de referencia más importantes. Clara intenta explicarle que es «lo mismo que Skype», una aplicación que su madre usa de manera relativamente regular para conversar con sus hermanos que viven en otras ciudades. Ahora bien, este razonamiento de Clara aplica para sí misma: en su experiencia, las aplicaciones de videollamadas son prácticamente iguales, saber utilizar una se traduce en saber o aprender muy fácilmente a utilizar otra, pues están regidas por la misma lógica. En cambio, para Graciela «son cosas totalmente distintas». De igual forma, aunque para Clara las redes sociales funcionan de manera análoga, para su madre Instagram es un mundo «incomprensible»; no obstante su uso frecuente de Facebook. En tanto Clara se *desplaza* entre aplicaciones, su madre se *apega* a las que ya aprendió a utilizar. La dificultad, entonces, no se explica tanto por las características propias de las aplicaciones como por el tipo de relación que las distintas generaciones establecen con ellas. Graciela se frustra y Clara registra la frustración como una suerte de «enojo infantil» que le provoca risa. Ante la reacción, su madre, que sin dudas se siente avergonzada, dice que si va enseñarle «burlándose» mejor no lo haga.

Un evento que tuvo mucha repercusión pública en las primeras semanas del confinamiento obligatorio en Argentina fue cuando decenas de jubilados acudieron masivamente a los bancos a retirar dinero. Más allá de las imputaciones de irresponsabilidad hacia el gobierno por la mala gestión y organización de este acontecimiento, que coparon la agenda de medios nacional e internacional ese día, también los propios jubilados fueron blanco de una serie de acusaciones por «exponerse» a sí mismos, «tirar por la borda» el «esfuerzo del resto de la sociedad», etc. Se trata de acusaciones morales que construyen una imagen de «buen jubilado» (el que se queda en su casa y *valora* dichos «esfuerzos» sociales) en oposición al «mal jubilado». En general, estos juicios

basan su razonamiento en el hecho objetivo de que buena parte de estas personas contaban con una tarjeta de débito y no tenían «necesidad real» de acudir al retiro de dinero por caja bancaria. Está claro que tener acceso a un objeto no se traduce en su incorporación y apropiación.

De manera análoga a lo que sucede con «el rol del enfermo» (Douglas, 2008), en el contexto pandémico parece haber emergido el rol de «la población de riesgo». Las personas entran así en una categoría que si bien moviliza la indulgencia de buena parte de la sociedad, lo hace en la medida que deben aceptar plenamente su rol.<sup>[6]</sup> La culpabilización y la crítica son dos procesos sociales esenciales, y en el terreno de la enfermedad se expresan de maneras particularmente intensas. De este modo, afirma Mary Douglas que:

Toda enfermedad y todo desequilibrio corporal constituye un terreno que exige justificación y, por lo tanto, un excelente material para el proceso de culpar y justificar. En su forma más extrema, toda enfermedad da lugar a una acusación. Si alguien se enferma puede ser acusado de no haber cuidado adecuadamente su cuerpo. La persona enferma no es necesariamente la única a quien se acusa: si se trata de un niño, se acusa a los padres, o a la escuela o a los organismos de salud pública. En este contexto de recriminación mutua, el cuerpo es un medio para ejercer control; señalar un cuerpo enfermo es una amenaza potencial contra cualquiera que pueda ser considerado responsable. (2008: 52).

Con respecto a las prácticas culturales, las encuestas nacionales de consumos culturales del año 2013 y 2017 (SINCA, 2017) encontraba distintos tipos de comportamiento que no se explicaban por los niveles socioeconómicos —si bien las clases medias y medias altas suelen ser más omnívoras— ni por la variable de género, pero sí por la edad. Allí se encuentran tres grandes grupos: jóvenes, adultos y adultos mayores. Los jóvenes muestran un intenso vínculo con lo digital, con consumos fragmentados, en simultáneo con otros, y durante todo el día; en los adultos se observa una transición, pero en los mayores de 64 años la brecha resulta dramática, tanto por una serie de dificultades percibidas en relación al espacio público en la noche (momento en el que mayormente tienen lugar espectáculos y actividades culturales), como porque no incorporan a sus rutinas las tecnologías y artefactos nuevos, la televisión y la radio continúan siendo la ventana con los contenidos culturales.

Volvamos por un momento a los conflictos cotidianos de Clara y su madre. Para entender las emociones de vergüenza, enojo, frustración y el carácter infantil que Clara les adjudica, cabe entender que las relaciones mediadas por estas tecnologías en el hogar provocan una inversión de la autoridad (Winocur, 2010: 127). Este fenómeno desencadena conflictos en las relaciones filiales e implica una «reorganización simbólica del poder dentro del hogar que no sólo afecta el lugar del conocimiento sino también los códigos morales y normativos que regulan la comunicación doméstica». A su vez, los adultos necesitan «controlar la inseguridad ontológica que les provoca su falta de dominio práctico y simbólico de la red» (ibíd.).

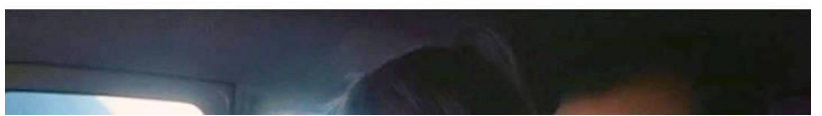
Winocur señala que en los adultos existe una resistencia a la lógica de la simultaneidad, resistencia que se desplaza de su vida cotidiana a su vínculo con estas tecnologías. Así, en la vida cotidiana los adultos realizan una cosa y luego la otra y recién cuando esta última se ha cumplido se da paso a una tercera. El carácter infantil de las reacciones de la madre de Clara, se entiende si se ve a la luz de la posición de extrema dependencia en que la situación la coloca, que resulta difícil de elaborar. La relación de necesidad y dependencia se agudiza en un contexto donde no estar *online* tiene consecuencias sociales y ontológicas de un tenor que nunca había tenido para esta población (y sí para los más jóvenes, especialmente los adolescentes), dado que puede implicar la disolución del lazo social amenazado en el contexto de aislamiento.

### «Los memes, siempre los memes»

—Amor, parece que darán más días de cuarentena, podremos estar más tiempo juntos.



Si nos quedamos la cuarentena en familia  
Nada malo nos puede pasar.



**Figura 1.** Meme Parejas en cuarentea. **Figura 2.** Meme Familias en cuarentena. Fuente: Facebook.

Los memes expuestos aquí hacen alusión humorística a situaciones tensas y conflictivas que acarrea la estrecha convivencia familiar en el confinamiento, tanto en lo que refiere a la vida en pareja (imagen de la izquierda) como a la que refiere a un núcleo familiar de una pareja con un hijo, tomando como base la estructura «expectativa / realidad».

Los memes<sup>[7]</sup> ganan cada vez más lugar en los consumos culturales y las comunicaciones de buena parte de la sociedad. Durante la pandemia, fueron los grandes protagonistas de las redes. Usamos memes para conectarnos a nivel afectivo con los demás. Lo que hace que los memes sean virales es su relación; a menudo se centran en lo cotidiano, lo absurdo o, a veces, como en los memes pandémicos, lo cotidiano absurdo (MacDonald, 2020). Son también contextuales porque nuestras experiencias en las redes sociales están enmarcadas de manera diferente por algoritmos específicos, por lo que obtenemos conjuntos de memes distintos. Una consecuencia es que los memes producen grupos internos y externos: se está en la broma o no se está. Aquellos que se encuentran dentro de un grupo interno, encuentran que sus experiencias son compartidas, reconocidas y validadas por un colectivo más amplio (MacDonald, 2020).

Se trata de consumos y objetos culturales que si bien tienen un carácter viral y masivo, circulan en contextos específicos, relacionales y trazan líneas divisorias entre grupos sociales —los que entienden y comparten la broma y los que no—, por esto, aunque para algunos fines puede ser útil aprovechar los múltiples recursos que nos ofrece la web para descargar grandes cantidades de datos, para otros fines, como los nuestros, esto implicaría perder buena parte de su significado social. A los fines de nuestro análisis resulta útil anclar el consumo de memes a las situaciones cotidianas de los estudiantes que participaron de la investigación.

Miramos memes desde Facebook con mi novia desde su celular y debatimos sobre eso mientras merendamos. Eso es muy común, vemos un meme y solemos comentar sobre el “chiste” de algunos que nos parezcan polémicos. (Daniela, 25 años, Buenos Aires)

En la cama miramos con mi pareja para reírnos memes sobre la cuarentena que recibimos por grupos de WhatsAapp (Gabriela, 33 años, Buenos Aires)

Más adelante Bonelli dice que lo de no ver a la familia hay que aguantárselo, que eso no es un argumento para dejar de hacer cuarentena, y es como un palo a Wiñazki y sus deseos de ver a la sobrina.<sup>[8]</sup> Cómo me reí con esos memes. (Federico, 30 años, Buenos Aires)

Al llegar a casa me enfrasco en una discusión tranquila en el grupo de mi familia paterna acerca de las expresiones de racismo contra los indígenas que tenemos en dichos populares, porque recibí varios memes con estas. (Sandra 30, colombiana residente en Montevideo)

A la noche vi el reality Bake Off Argentina por Telefé. Me tiré en la cama con mi hermano a verlo. Lo pusimos en la computadora por Flow porque es más cómodo que verlo en la tele del comedor. Lo empecé a ver a la mitad de la competencia porque mis amigos se engancharon y ahora estoy muy interesada por ver cómo termina. Siempre que lo veo estoy leyendo Twitter al mismo tiempo porque la gente que sigo también lo ve y todos comentan y hacen chistes y memes en simultáneo. (Sabrina, 23 años, Buenos Aires)

Cuando me despierto lo primero que hago es conectar el celular al Wi-fi para que lleguen todas las notificaciones que tengan que caer, por lo



general de Whatsapp, Reddit, Twitter (donde más que nada sigo cuentas relacionadas al “mundo geek”, películas, series, videojuegos, etc.) e Instagram (los memes, siempre los memes) (Gabriel, 23 años, Montevideo)

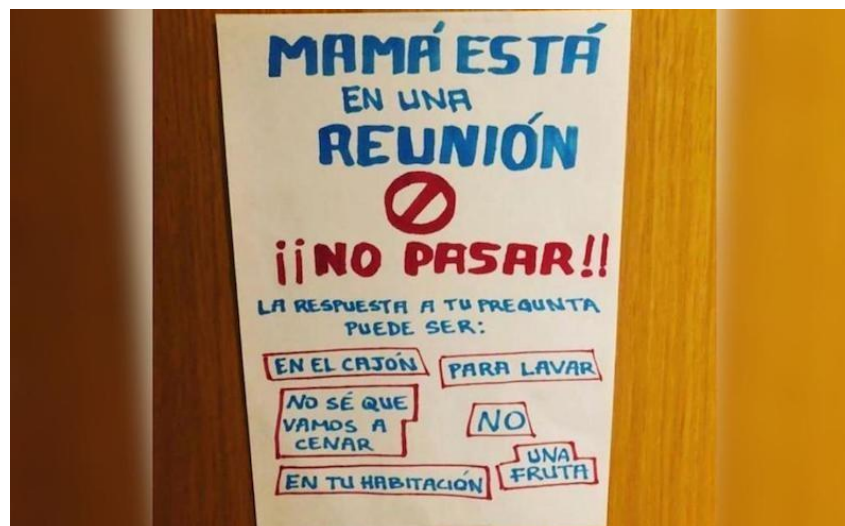
Entre medio de acción y acción también reinó el uso del celular, principalmente viendo fotos y videos (memes) en Instagram y en youtube viendo distintos canales graciosos (como de memes) y entrevistas, hasta las 20 horas que asistí a una clase virtual de la facultad. (...) Facebook la utilizo para ver memes (Silvina, 18 años, Montevideo).

Como todo consumo cultural, queda claro en estos registros que el consumo de memes se realiza en situación (en un lugar determinado, en relación con otros —presentes o no—, y en ocasiones en simultáneo con otras actividades). En los dos primeros fragmentos citados, los «memes de cuarentena», que pronto se convirtieron en un subgénero, son consumos que se realizan en pareja, que movilizan la crítica y la conversación —en un caso— y la risa y el placer, en otro. En las citas siguientes, Federico y Sandra refieren a los memes que se generan en relación con noticias, donde se ridiculiza a personajes. Nicolás Wiñazki, un periodista argentino, fue blanco de la jocosidad crítica (Werneck, 2020) de muchas personas, por manifestar públicamente su malestar al no poder conocer a su sobrina recién nacida debido al aislamiento. Mientras que Federico «está en la broma», Sandra se ubica por fuera y mantiene una actitud de rechazo hacia ella que a su vez moviliza en una discusión familiar. En el caso de Sabrina, vemos la batería de consumos simultáneos que realiza mientras mira un reality show, los memes forman parte sustantiva aquí de la comunicación, la opinión, el juicio y la diversión en su comunidad de referencia en Twitter. En los siguientes casos los memes marcan el vínculo con determinadas redes sociales (tanto Gabriel como Silvina reservan el uso de determinadas redes al consumo de memes).

### **Ausencia del afuera, presencia del adentro: doble amenaza para los vínculos**

Volvamos a la experiencia a la que aluden los memes expuestos en las páginas anteriores. Como señalábamos, mientras nuestros vínculos socioafectivos por

fuera del hogar parecen amenazados a causa de su ausencia (física), los vínculos en el interior del hogar están amenazados a causa de su excesiva presencia.<sup>[9]</sup> En este juego de *doble amenaza* que permea las relaciones afectivas durante la cuarentena, los usos que las personas damos a los artefactos tecnológicos y nuestros consumos y prácticas culturales son ciertamente distintos. En el interior de los hogares las personas despliegan estrategias para fabricar espacios personales y privados. Para quienes conviven con sus hijos, sobre todo si son mujeres, conseguir un espacio de trabajo al resguardo de la demanda de atención y cuidado se convierte en un arduo desafío cotidiano.



**Figura 3.** Fotografía cartel “Mamá está en una reunión”. Fuente: *La Izquierda diario* («Mamá está en una reunión», 2020)

Algunos artefactos adquieren nuevos usos, por ejemplo, en el caso de Fabricio (40 años), que empezó a utilizar el celular para ver las películas que a él le interesan, cosa que no puede hacer en la pantalla del living, puesto que está reservada para los consumos culturales de sus hijos, o los contenidos «para toda la familia». Los escasos momentos en que sus hijos no están presentes, como cuando está haciendo fila en el supermercado, los utiliza para resolver ejercicios de un idioma nuevo mediante una aplicación en el celular.

El continuo sonido que emiten los tres televisores de su hogar, hace que Fabián (38 años) sienta una tensión y una frustración particular por no poder dedicarse a la lectura, un consumo que a su vez le permitía separarse y distinguirse en términos identitarios de su familia. No poder hacerlo le genera una frustración y ansiedad permanente. En efecto, leer un libro demanda no solamente continuidad sino cierta exclusividad, que no resiste bien la simultaneidad y la fragmentación de la atención.

Quizá el rasgo más extemporáneo de la lectura sea hoy su exclusivismo, la exigencia de dedicación total que supone, incompatible con cualquier otra cosa. Leer, aun en los casos más corrientes, lectura en la playa, el subte, la sala de espera, aun con los objetos más triviales, *bestsellers*, biografías, autoayuda, *people press*, exige la consagración plena como condición sine qua non. De no cumplirla, el resultado no es una lectura «peor», «fallida», «impropia»: no hay lectura, sencillamente. No es una cuestión de calidad sino de naturaleza. La lectura es exclusiva o no es. (...) Impone una suerte de monogamia absoluta (Pauls, 2018, s/p)

Dedicarle atención exclusiva a una práctica cultural de este tipo supone costos morales en una convivencia estrecha.

Por su parte, mantener los vínculos socioafectivos que están por fuera del hogar empuja a los autores de los diarios etnográficos a realizar prácticas culturales novedosas como hacer gimnasia por videollamada con amigas, comentar por chat o por audios no solo los consumos culturales que cada una realiza (como la recomendación de series, películas, lecturas, entre otras) sino contenidos que se pautan ver en simultáneo (películas, programas emitidos por Youtube, las conferencias de prensa del gobierno, etc). Asimismo, la necesidad de tener cerca y “chequear” continuamente el celular, las redes, los mensajes, las notificaciones, se ilumina por la analogía con el “objeto transicional” de Winnicott (1991 en Winocur, 2010) para tolerar y elaborar una experiencia de separación que ahora pone en riesgo nuestro lazo con diversos entornos afectivos que están “afuera” de casa.

## En síntesis

En este trabajo analizamos el rol de los artefactos tecnológicos, los consumos y las prácticas culturales en la vida cotidiana de personas que atravesaron el confinamiento a raíz de la pandemia por el virus SARS-COV-2. Desde una perspectiva cualitativa que enfatiza la comprensión de las dimensiones relacionales, situadas, reflexivas e interconectadas de los consumos y prácticas culturales, pusimos de relieve cómo entran en juego para apuntalar la elaboración cotidiana de una «doble amenaza» en el territorio de los vínculos hacia adentro y hacia afuera del hogar.

### Referencias bibliográficas

Bourdieu, P. (1988). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Taurus.

Cervio, A. (2020). *En cuarentena, en casa. Prácticas y emociones durante el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio por COVID-19 en hogares urbanos de Argentina*. DOI: 10.13140/RG.2.2.17859.43045.

De Certeau, M. (1996). *La Invención de lo cotidiano*. Universidad Iberoamericana. Departamento de Historia: Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos ; Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Douglas, M. (2008). *Estilos de pensar: Ensayos críticos sobre el buen gusto*. Gedisa.

Ellis, C., Adams, T. E., & Bochner, A. P. (2015). Autoetnografía: Un panorama. *Astrolabio*, 14, 249-273.

Focas, B. M. (2020). Las audiencias en tiempos de pandemia. *Universidad de la Frontera*, 45-55.

Kozinets, R. V., Dolbec, P.-Y., & Earley, A. (2014). Netnographic Analysis: Understanding Culture Through Social Media Data. En U. Flick, *The*

*SAGE Handbook of Qualitative Data*

*Analysis* (pp. 262-276).

SAGE Publications Ltd. <https://doi.org/10.4135/9781446282243.n18>

MacDonald, S. (2020). What Do You (Really) Meme? Pandemic Memes as

Social Political Repositories. *Leisure Sciences*, 1-9.

<https://doi.org/10.1080/01490400.2020.1773995>

Moguillansky, M. (2019). *Dossier Prácticas, consumos y políticas culturales*

(Vol. 24). Papeles de Trabajo. Idaes. Unsam Edita.

Moguillansky, M. (2020). Práticas culturais, além da distinção: Novas

abordagens teóricas. *Estudos de Sociologia*, 25(48).

Murillo, C. (2020, abril 2). Mamá está en una reunión: Doble jornada laboral en

casa. *La Izquierda Diario*. [http://www.laizquierdadiario.com/Mama-esta-](http://www.laizquierdadiario.com/Mama-esta-en-una-reunion-doble-jornada-laboral-en-casa)

[en-una-reunion-doble-jornada-laboral-en-casa](http://www.laizquierdadiario.com/Mama-esta-en-una-reunion-doble-jornada-laboral-en-casa)

Pauls, A. (2018). *Trance: Un glosario* (Primera edición). Ampersand.

Scholten, H., Quezada-Scholz, V., & Salas, G. (2020). Abordaje psicológico del

COVID-19: Una revisión narrativa de la experiencia latinoamericana.

*Revista Interamericana de Psicología*, 24, 1-24.

Sistema Nacional de Información Cultural. (2017). *Encuesta Nacional de*

*Consumos Culturales 2017* (p. 42). SINCA.

Werneck, A. (2020). Graça em tempos de desgraça? A jocosidade como

operador da crítica nos memes na pandemia. *DILEMAS: Revista de*

*Estudos de Conflito e Controle Social* –, 1-16.

Winocur, R. (2010). *Robinson Crusoe ya tiene celular: La conexión como*

*espacio de control de la incertidumbre*. Universidad Autónoma

Metropolitana, Unidad Iztapalapa, Siglo Veintiuno.

Winocur, R. (2019). La tribu de los memes. Un territorio virtual de inclusión-exclusión entre los adolescentes. *Comunicación y Sociedad*, 1-22.

<https://doi.org/10.32870/cys.v2019i0.7327>

## NOTAS

- 1 La obra fundamental que sienta las bases de esta perspectiva es *La Distinción. Crítica social del gusto* (Bourdieu, 1988) allí el sociólogo francés plantea una correspondencia entre posiciones sociales y prácticas culturales, mostrando un universo cultural atravesado por lógicas de dominación y desigualdad, cuestionando la pretendida arbitrariedad de los gustos y estilos de vida de las personas. Para una revisión del giro teórico en las ciencias sociales que estudian consumos y prácticas culturales desde Bourdieu a nuestros días, ver Moguillansky 2020 y Moguillansky, 2019).
- 2 A excepción de una estudiante (31 años) que registró las prácticas y consumos culturales de su madre (66 años).
- 3 Los materiales autoetnográficos se caracterizan por un enfoque de escritura que «busca describir y analizar sistemáticamente la experiencia personal con el fin de comprender la experiencia cultural» (Ellis et al., 2015, p. 249). Las personas que escriben los registros no solamente se implican a sí mismos sino también a otros –cercaños, íntimos, lejanos, distantes- a la vez que objetiva sus prácticas culturales y capta las imbricaciones que estas tienen con otras actividades, tiempos, espacios y personas
- 4 La *netnografía* es el "análisis cultural de las redes sociales" que recopila datos a través de "la observación y la participación del investigador con las personas a medida que socializan en línea en entornos y actividades habituales" (Kozinets et al., 2014, p. 263)
- 5 Los diarios se procesaron utilizando el software de análisis cualitativo Atlas Ti, con un libro de códigos que compartimos entre los investigadores. Se mantiene el anonimato de las personas que participaron de la investigación, con el fin de preservar su identidad.
- 6 Así, al enfermo: "se le excusa su conducta negligente con la condición de que acepte plenamente su rol, que coma su papilla o lo que se le prescriba como alimento para inválidos, que tome sus medicinas, que permanezca en su habitación de enfermo y que se aparte del camino de los demás" (Douglas, 2008: 50).
- 7 «Los memes constituyen un recurso simbólico muy popular por su gran capacidad de condensación de sentidos compartidos a nivel global y sus posibilidades de reapropiación a nivel local. Se caracterizan por su gran capacidad de variación y reproductibilidad [ ... ] por la utilización y yuxtaposición de diversos recursos digitales, semánticos y literarios y por su irradiación inmediata [ ... ] La clave de la capacidad de réplica e irradiación de un meme no está en la sofisticación de su edición si no en

sus posibilidades de “resemantización”» (Pérez Salazar, 2017 en Winocur, 2019, p. 7)

- 8 Se refiere a los periodistas argentinos Marcelo Bonelli y Nicolás Wiñazki.
- 9 Cabe señalar que en las primeras semanas del confinamiento, varias personas refirieron como positivo el hecho de tener más tiempo disponible para pasar junto a sus padres, hijos/as, parejas. No obstante, a medida que el confinamiento se extiende, las emociones toman otro cariz, que va desde la ambivalencia hasta el hartazgo.